

ANTES DE QUE SE PUBLIQUE LA HISTORIA: RECUERDOS, REACCIONES, SUFRIMIENTOS Y DELIRIOS DE GRANDEZA ANTE EL PASADO RECIENTE¹

Juan Carlos FERRÉ CASTÁN | IES «Martínez Vargas» de Barbastro

I

Durante los casi tres años que ha durado el proceso de investigación, redacción y maquetación del libro recientemente publicado, Barbastro, 1830-1984,² en el que hemos colaborado, apoyados por el Ayuntamiento de Barbastro, la Diputación Provincial de Huesca y el Centro de Estudios del Somontano más de veinte personas, me he encontrado, como coordinador de la obra, con una serie de comentarios, comportamientos y reacciones de personas e incluso de representantes de instituciones públicas, que me han hecho reflexionar sobre el «impacto social» (para unos «peligroso», para otros «necesario»), el «riesgo» y el «poder» que tiene o puede tener sobre una comunidad la publicación de un libro sobre su pasado reciente.

Cuando hablé con algunas personas sobre el trabajo que estábamos realizando me plantearon la conveniencia de que los historiadores o especialistas que investigaran determinados períodos denominados «conflictivos» (como la guerra civil) no deberían «ser de» Barbastro, pero deberían conocer bien la ciudad «para entender mejor lo que pasó y no dejarse llevar por favoritismos de ningún tipo». Otras me insistieron en que contáramos los sucesos que han hecho de su ciudad pionera, especial y distinta. También las ha habido que aun manifestándome su confianza personal en «mi recto proceder» como coordinador, ya que —me decían— «esta historia no debe servir para pelearnos de nuevo», me desafiaron afectuosamente a que contáramos «lo que realmente pasó» aportándome incluso «pruebas» (algún documento escrito y abundantes fotos sacadas de

1. Este texto, al estar redactado para la exposición oral ante los asistentes al Congreso, sólo incluye las referencias bibliográficas del anexo, como obras básicas relacionadas con los contenidos de la comunicación.

2. El libro fue editado y presentado en diciembre de 2003 y cuando reescribo estas líneas a mediados de febrero de 2004 acaba de publicarse un artículo en la prensa local en el que se acusa al libro de «manipulador» y de representar «intereses políticos partidistas» sesgados y poco claros que nos han llevado a cerrar esta investigación —según se nos acusa— en una fecha, 1984, «arbitraria», alegando que de esta manera faltamos a la verdad de lo sucedido y hemos obviado sucesos y acontecimientos en los que participaron de forma principal algunos alcaldes (ahora en la oposición o que no se dedican ya a la política de partido) que no se citan, con nombres y apellidos, en los dos últimos capítulos. Los contenidos de este escrito se mueven dentro de la «órbita» de los comentarios que vienen haciendo algunas personas públicas que consideran su gestión política lo «suficientemente importante» (algo que no negamos, pero que habrá que estudiar con-

sus álbumes familiares) que consideraban «verídicas», definitivas e irrefutables.

En realidad, lo que creo que en el fondo me estaban planteando estas personas tiene mucho que ver con las dificultades propias del «abordaje al pasado»: la vieja y desgastada discusión sobre la objetividad y la independencia de los historiadores y la historia, el sufrimiento como mediador entre la memoria y el olvido, las mitificaciones y mixtificaciones propias de los «delirios de grandeza» tan relacionados con la formación de la identidad colectiva, la historia que podía haber sido y no fue, e incluso la utilidad e intencionalidad ideológica de una determinada narración histórica.

Poco a poco, y de manera imprevista e improvisada, estas opiniones, recomendaciones y reconvenciones de algunos ciudadanos han ido conformando un material propio de un pequeño trabajo de campo y me han ayudado a pensar en algunos aspectos alejados de las liturgias academicistas y más cercanos a la «historia pública» y, sobre todo, al campo de las relaciones entre los historiadores profesionales, sus obras y el público.

II

Explicaré estas «formas de comprender el pasado» de mis informantes e interlocutores, estas «actitudes de la ciudadanía hacia su pasado», organizándolas en tres breves ámbitos: la nostalgia del pasado mejor, las pasiones políticas por el pasado y ser los primeros muy antiguos y distintos.

SOBRE LA NOSTALGIA DEL PASADO MEJOR

En relación con el capítulo en el que desarrollé el franquismo de los años cincuenta al setenta, algunos informantes me dijeron que con el franquismo había más orden, más tranquilidad que ahora, y que no había enfrentamientos entre las personas de la ciudad: «no había oposición por las ideas, eso es un cuento; en el Frente de Juventudes cabíamos todos»; sólo «algunas familias de caciques creaban problemas en la marcha del Ayuntamiento y de sus gestiones», me indicaron textualmente.

Pero ¿a qué caciques se referían mis interlocutores si según me había contado otro de mis informantes eran los caciques quienes tenían el poder en la época de Franco? Mis interlocutores me estaban hablando de «los nuevos caciques», de la ascensión de nuevas clases sociales beneficiadas por y desde los «distintos franquismos», y esto me llevó a pensar que quizás lo que decían mis informantes

trastando debidamente todas las fuentes que estén a nuestro alcance) como para que su «protagonismo histórico» se viera reconocido y recompensado, al menos, con alguna «foto» en el libro.

tenía mucho que ver con la interpretación hoy tan políticamente incorrecta de la lucha de clases dentro de una «estructura de poder» que no era ni mucho menos homogéneo.

Quienes esto me decían fueron gestores de los ayuntamientos franquistas y hoy no están muy conformes con la «marcha» de la democracia y con la corrupción que según ellos genera.

También había «más unión entre todos», me insistieron. Las personas que me dijeron esto tuvieron desde los años cuarenta hasta los setenta del siglo pasado su poder político y relevancia social, pertenecieron a grupos sociales que «se dejaron notar» en su día y quizás con sus comentarios estaban buscando un reconocimiento (el protagonismo) a lo que hicieron, o un hueco en la historia de su ciudad.

SOBRE LAS PASIONES POLÍTICAS POR EL PASADO

En un principio estaba previsto que este estudio sobre la contemporaneidad de Barbastro se publicara en el mes de junio pasado. Acordamos con nuestros patrocinadores una fecha que nos diera el margen suficiente para organizar lo mejor posible las cosas, pero algunas personas enseguida nos hicieron ver que la salida de aquel libro iba a coincidir con las fechas anteriores a la celebración de las elecciones autonómicas y locales y que aquello parecía que era intencionado y estaba preparado para favorecer los intereses de determinados grupos políticos.

Además, unas semanas antes el portavoz del grupo político de la oposición había hecho una pregunta relacionada con la «necesaria objetividad» que debía tener una investigación de este tipo y con el cuidado que había que poner en la selección de los investigadores que la llevaran a cabo. El responsable de la mayoría política del concejo contestó que se había delegado en un grupo de profesionales en los que él tenía suficiente confianza y la cosa aparentemente quedó ahí.

En relación con la primera parte de esta interpelación sobre cómo se estaba realizando la que ya algunos denominaban «Historia de Barbastro» planeaba de nuevo la eterna duda, pero esta vez en el salón de plenos de un ayuntamiento y no en un congreso de historia como éste, sobre la posibilidad / imposibilidad y la «necesidad» de explicar el pasado como piensan algunas personas que «exactamente sucedió»; pero al relacionar esta duda con las personas que estábamos llevando a cabo la investigación se insinuaba que no todo el mundo escribe una «historia objetiva» y que, por lo tanto, algunos investigadores podrían explicar, de forma «interesada», «manipulada» o «no conveniente», otras cosas distin-

tas de lo que en realidad había sucedido en el pasado reciente de la ciudad.

Evidentemente, este insistente interés por la «objetividad histórica» era una demostración más de que la pasión política por el pasado está muy relacionada con el poder político que puede derivarse de una determinada gestión de la historia, y en este sentido creo que debemos estar muy al tanto, porque no todas las denominadas «políticas hacia el pasado» tratan con respeto la consciencia de los ciudadanos.

SER LOS PRIMEROS, MUY ANTIGUOS Y DISTINTOS

Algunas personas creen —y así me lo contaron— que su ciudad ha sido pionera en algunos hechos históricos, que es «especial» y distinta a otras ciudades, y que estos hechos distintivos, «muy poco conocidos», debíamos resaltarlos y darlos a conocer en la «historia» que estábamos escribiendo.

Unos me dijeron que esta ciudad tiene orígenes remotos (a más antigüedad más seguridad para la identidad comunitaria) y que desde aquí partió la primera cruzada de los cristianos, que éstos reconquistaron la ciudad de la que se habían apoderado los moros desde hacía tiempo, que la Corona de Aragón nació en el barrio del Entremuro, que algunos de los descubrimientos de Cristóbal Colón en las Américas se hicieron gracias a los dineros que le prestó un judío de la ciudad, que el Banco Aragón nació en Barbastro y que esta fue la primera ciudad que tuvo alumbrado público en sus calles a comienzos del siglo XX.

Otros relacionan la celebración de actividades culturales exclusivas (para poder ver y oír a la Orquesta de Radio Televisión Española los oscenses y zaragozanos tuvieron que desplazarse hace unas décadas a Barbastro), la consecución de algunas obras, edificios, mejoras, e incluso instituciones para la ciudad con la influencia de algunos barbastrenses «con mucho poder» en Huesca, Zaragoza y la capital del reino. El secretario de Primo de Rivera, por ejemplo, y uno de los soldados de la guardia personal de Franco «eran» de Barbastro —me recordaron algunos de mis interlocutores por si no lo sabía— y por esa razón visitaron la ciudad los dictadores (el segundo con más prisas que el primero: escasamente tuvo tiempo de estrechar la mano del alcalde desde su coche oficial cuando regresaba de supervisar las obras del pantano de El Grado; el primero estuvo jugando a las cartas hasta altas horas de la madrugada con la familia propietaria del mesón de Enate, en el que se hospedó) y consiguieron magros favores para la población. A las

influencias de algunas familias se debió asimismo, y según algunos informantes, la aprobación a finales del siglo XIX del desaparecido tramo del ferrocarril hasta Selgua, cuya longitud se tuvo que alargar artificialmente construyendo una larguísima y penosísima curva de gran pendiente (en la zona conocida como La Almunieta) que permitió justificar ante las autoridades el enlace del transporte local con la Compañía de los Ferrocarriles del Norte de España.

A algunos les han contado que Fernando VII quería que Barbastro fuera la capital de la provincia, pero que los intereses de algunas personas («muy probablemente comerciantes de Huesca que no estaban dispuestos a perder su poder o incluso algunos de Barbastro que creían que ostentar la capitalidad supondría pagar mucho más dinero a Hacienda») lo impidieron. Obsérvese cómo «lo que no se ha podido ser en la historia» (lo que podría haberse celebrado) se debe casi siempre a que otros lo han impedido (ellos sí que lo pueden celebrar) y así quizás podremos entender cómo la construcción de la identidad colectiva está muy relacionada con el enfrentamiento con los «otros» e incluso con su negación.

Los hay también que resaltan la excepcionalidad de la ciudad en relación con el dramático episodio del elevado número de sacerdotes fusilados durante la guerra civil; algunos afirman que como Pascual Madoz estudió en el colegio local de los Escolapios sus terrenos no fueron desamortizados, ya que el ex alumno les debía esa especie de favor, o que «todos los barbastrenses» de los siglos XV y XVI consiguieron tener obispo, ya que fueron capaces de hacer lo que el papa les dijo que era necesario para tener un prelado propio: construirle un palacio y una catedral «cuanto más grande y bonita mejor».

III

Como puede verse, a estos barbastrenses les gusta «su pasado», lo conocen, lo explican a su manera y mantienen una buena relación con él. Pero ¿de dónde proceden esas «creencias» y «visiones» que forman parte del imaginario histórico colectivo? En los casos referidos a la historia más reciente mis informantes han podido vivir los sucesos de los que hablan, pero otros hechos, los más lejanos en el tiempo, seguramente «los han recibido» de otras personas o los han leído. En todos los casos han reinterpretado su pasado y realizado un ejercicio de memoria que supone una selección de lo sucedido desde el presente. Pero ¿podemos saber cuántos de ellos y de qué manera han reconstruido este pasado a partir de las historias escritas por profesionales? Esta es una pregunta sobre la que valdría la pena investigar.

En este sentido, y siguiendo a Diane F. Britton en sus planteamientos sobre la «historia pública», creo que puede ser interesante plantearnos la relación entre este gusto, e incluso amor, por el pasado de algunos ciudadanos con lo que hacen los historiadores profesionales. ¿Se relaciona con la historia que interpretan los historiadores para el público, en sociedades, centros o grupos de estudios, museos históricos, o para los alumnos en nuestras aulas?

A este respecto y en un momento en el que de nuevo echamos en falta un verdadero debate público sobre la propuesta de «currículo aragonés» para las Ciencias Sociales que permita neutralizar los efectos perversos de la cantidad de «contenidos» arbitrarios e innecesarios introducidos por el Estado en los nefandos decretos de 2001, son interesantes y suelen dar algunas pistas las investigaciones que plantean las conexiones —o más bien desconexiones— existentes entre la historia que se hace y que se aprende en la Universidad y la historia que el sistema educativo y algunos docentes proponemos y demandamos para otras etapas educativas. Y siguiendo con los planteamientos sobre la «historia pública», ¿cómo influye esta relación entre público e historiadores en la planificación de la creación de centros históricos o de interpretación, en su conservación y en el análisis de la «política histórica» o en las conmemoraciones públicas o privadas? Una constatación: desde que en el año 2000 se celebra la representación teatral de la «Toma de Barbastro», inspirada en un cantar de gesta medieval, se está produciendo una incorporación de ciertos «contenidos épicos» en la «memoria ciudadana» y sobre todo en la «memoria rota» de algunos escolares de secundaria con los que yo trabajo, que demuestra que los aspectos que están siendo más retenidos son los más legendarios e inverosímiles.

Así las cosas se hace necesario que nos planteemos de nuevo el papel que deberían desempeñar los historiadores para ayudar al público a entender el pasado en este siglo XXI, ¿Cómo abordar la cuestión de «quién es el dueño del pasado»? ¿Son los historiadores profesionales o somos todos? ¿Quién decide qué historias o interpretaciones son legítimas? ¿Qué debe ser recordado y guardado? ¿En qué medida afectan al público las interpretaciones de los profesionales de la historia? Y es que en el centro de todas estas preguntas quizás se encuentra el difícil equilibrio entre la historia, sus protagonistas y su memoria.

No sé exactamente de dónde han sacado los ciudadanos con los que me he entrevistado, para escribir mi parte de esta historia local, «sus verdades», «sus hechos históricos» y «sus interpretaciones». Algunas proceden del «legado oral de la familia», otras de

algunos libros de historia que se publicaron hace más de un siglo, todas de la memoria colectiva que es la historia de un grupo humano. He comenzado a rastrear el origen de algunas de esas narraciones y quizás pronto tenga algunas pistas que me permitan comprender mejor la naturaleza y la función social de esa forma de conocimiento que está en crisis desde hace tiempo. Sin embargo, aunque así sea, estoy de acuerdo con Josep Fontana en que si somos capaces de resituar la función social de la historia y el status de los historiadores que la construyen y administran, y de encajarla en los nuevos esquemas de la realidad actual, quizás volvamos a ponernos en contacto con los problemas reales de las personas de este mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- BRITTON, Diane F., «Historia pública y memoria pública», en *Memoria e historia*, Ayer, n.º 32, pp. 147-162, Marcial Pons, Madrid, 1998.
- CITRON, Suzanne, «La Historia y las tres memorias», en *La Historia en el aula*, Instituto de ciencias de la Educación, Universidad de La Laguna, 1982, pp. 113-127.
- CUESTA, Raimundo, *Clío en las aulas. La enseñanza de la historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas*. Akal, Madrid, 1998.
- FEDERACIÓN ICARIA EN ARAGÓN, *Intempestivas sobre el «Currículo aragonés»*. Documento de trabajo. Zaragoza, 12 de octubre de 2002.
- FONTANA, Josep, *La historia de los hombres*, Crítica, Barcelona, 2001.
- Iber. *Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, n.º 17, Grao, Barcelona, 1998: «La historia que se aprende».
- LÓPEZ NOVOA, Saturnino, *Historia de Barbastro*, reedición de la Sociedad Mercantil y Artesana de la de 1861, Barbastro, 1981.
- LOVENTHAL, David, *El pasado es un país extraño*, Akal, Madrid, 1998.
- RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003.
- ROSA RIVERO, Alberto; BELLELLI, Guglielmo; BAKHURST, David, *Memoria colectiva e identidad nacional*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

